

Memorias de un exiliado

© Juan Antonio Gausach, 2015

Voy a contar mi vida, una vida banal como cualquier otra, y unos recuerdos que, aunque parezcan inventados, no lo son, son verdaderamente realidades.

Vivíamos en una casa de campo sin luz ni agua. Había una noria y con ella sacábamos el agua para hacer de todo: guisar, beber, lavar... Como durante la Guerra Civil se repartieron las tierras, en la República se producía algo y, aunque mal, se podía comer. Pero cuando terminó la guerra, en 1939, la vida era muy difícil, eran muchas las dificultades, había poco trabajo y poca comida, los hombres salían a la plaza para ver quien les daba ocupación en el campo, ya que no había otra cosa. Era aún de noche cuando se ponían en la plaza en espera de que alguien les propusiera un trabajo, y, a veces, llegaba al lugar un cabo de cuadrilla enviado por los señoritos o por los comerciantes, que empezaba a mirar y remirar a los hombres que allí estaban esperando, y solo faltaba que les miraran los dientes como a los caballos para coger a los más jóvenes y fuertes, para que rindieran más, y el resto se marchaba a sus casas, un día más sin poder llevar al hogar algo de dinero para que comiese la familia.

Mi padre era uno de ellos, muchas veces era mediodía y mi madre empezaba a llorar (una vez intentó suicidarse), y yo comprendía que era porque no había nada de comer, y me marchaba y comía algo que hubiera por los campos con mucho cuidado de que

no me vieran los guardias rurales, que eran tan malos y a veces peores que la Guardia Civil: si te veían o te encontraban una corteza de naranja te denunciaban mientras las naranjas se estaban pudriendo porque no se podían vender. Eran verdaderos perros de caza.

En esos años muchas personas, entre ellas mis padres y yo, pedíamos permiso a los propietarios de los campos para coger las naranjas. Las pelábamos y secábamos las cortezas para venderlas, pues decían que con las cortezas secas se hacía hasta pólvora, y con lo poco que se sacaba de ellas se malvivía. Otra cosa que se hacía era ir por los campos donde ya habían recogido la cosecha y rebuscar por si había quedado algo, pero si los guardias rurales te veían te lo quitaban y te denunciaban como si lo hubieras robado.

Mi padre pidió permiso al alcalde de Poliña del Júcar para rebuscar en un campo de maíz que ya había sido cosechado, y este dijo que sí, y fui yo, y rebuscando encontré cuatro o cinco kilos de grano, y los llevé a casa y los pusimos a secar delante de la puerta. Entonces vino el jefe de la Guardia Civil y dijo que ese maíz era robado, y metieron a mi padre en la cárcel y me hicieron coger el maíz y llevarlo a la alcaldía. Un tío mío fue a hablar con el alcalde, que no estaba en el pueblo, y mi padre pasó la noche en la cárcel.

Al día siguiente, cuando llegó el alcalde y se enteró de lo ocurrido, fue a la cárcel y dijo que no le habían robado nada y que él

había dado permiso para que fueran a su campo a rebuscar por si quedaba algo de maíz. Finalmente liberaron a mi padre pero el maíz que llevé a la alcaldía se lo quedaron y no volví a verlo.

Otro día fui con mis padres a los campos de arroz que habían sido cosechados. Entre la paja se buscaban las espigas que quedaban, y con un poco de suerte podíamos recoger tres kilos de arroz, y cuando volvíamos a casa nos vio la Guardia Civil y nos quitó el arroz, y después de estar más de dieciséis horas fuera de casa y hacernos más de quince kilómetros a pie, nos quedamos sin nada.

En 1956 supe que el jefe mezquino de la Guardia Civil fue expulsado y se encontraba plantando arroz en la Camarga. Yo pensaba que la Camarga era un pueblo, pensé en ir a buscarlo y meterle la cabeza dentro del barro, y un amigo mío vasco me dijo: yo te acompaño y mi padre también quiso venir, pues temía que le hiciéramos más de la cuenta. Nos fuimos con dos Lambrettas pero, cuando llegamos y vimos lo que era la Camarga, nos quedamos con la idea de que era imposible localizar a este malvado, porque mi intención era hacerle pasar un mal momento que no olvidaría jamás. Quizá fue mejor no encontrarlo.

Lo que sí vimos fue el duro trabajo que hacían estos agricultores, todo el día dentro del agua con un viento lateral que cortaba la piel. Al estar mojados se les agrietaba la piel y sangraban, y había tantos mosquitos que debían ponerse barro en la cabeza para

protegerse de las picaduras. Todo esto para poder llevar algo de dinero a casa.

Como había poco que comer, una vez fui con mi padre y mi tío Cándido a coger dátiles. Mi tío subió a una palmera muy alta y cortó raspas de dátiles. Mi padre puso los dátiles con sábanas dentro del estiércol para que maduraran rápido, y eso fue lo que comimos. Otra vez mi padre metió un gato en un saco, lo puso bajo el agua, y, cuando el gato se murió, nos lo comimos. El gato estaba bueno. Cuando se tiene hambre, se hace de todo para comer.

El tiempo pasaba y la obsesión de mi padre era salir de España, ir a Francia en especial. Él ya había estado trabajando en Saint-Etienne en 1930 y volvió a España para casarse y llevarse a Francia a mi madre. Eso hicieron y, a los pocos meses, mi padre enfermó y volvió a España, y a los pocos meses nació yo.

En los años 40, la gente que tenía dinero compraba toros y corderos que empezaban a comer, se los daban a las personas que no tenían trabajo (como mi padre), y esta gente criaba a los animales durante un año. En ese espacio de tiempo había que ir a buscar hierba por los campos, acequias y caminos donde se pudiera coger algo para alimentar a los animales, pero si en un despiste te pasabas de un pueblo a otro y te veían los Guardias, te denunciaban como si pasases de un país a otro. Al cabo de un año se vendían los animales, y la mitad de lo que se obtenía era para el que te lo había

dado y, la otra mitad, para el que lo había criado. El sistema era vergonzoso porque te daban quinientas pesetas por un toro y un año después lo vendían por cinco mil o incluso diez mil pesetas, pero como no había otra cosa tenías que agradecerse.

En 1947 mi padre le pidió a uno de estos señoritos que le diera tres toros y a otro que le diese dos corderos para criarlos durante un año, pero la idea de mi padre seguía siendo la de salir de España como fuera. En abril de 1948 le devolvió dos toros al señorito porque crecieron muy poco y, aun después de haber pasado un año cuidándolos, el señorito no le dio ni mil pesetas. Mi padre habló con un conocido que compraba ganado para las carnicerías para que hablara con un carnicero de confianza y venderle el toro y los dos corderos, y con ese dinero poder irnos los tres a Francia. Un día llevamos los dos corderos y, al siguiente, a las doce de la noche, atamos el toro con una cuerda y, con lo puesto, lo llevamos al carnicero que estaba en Carcajente (a unos doce kilómetros de donde vivíamos), el cual nos pagó ocho mil pesetas (aunque el toro valía mucho más), y en Carcajente tomamos el tren a Valencia, y después hacia Barbastro porque mi padre había hablado con alguien que estaría en Barbastro que nos haría pasar la frontera por el Valle de Arán.

Cuando llegamos a Barbastro el hombre estaba allí, pero su hermano le dijo que había mucha nieve y que era muy peligroso

aventurarse con tan poca ropa por la nieve y por el frío (más tarde vimos en Perpiñán el frío que hacía). Estuvimos dos días en Barbastro y, viendo que no podíamos pasar a Francia, fuimos a Lérida, donde no encontramos a nadie que nos guiara hasta Francia, y con el riesgo de que nos denunciaran fuimos a Palamós porque yo tenía allí un tío, y allí dormimos en una posada y comimos cualquier cosa para no gastar dinero, porque cada vez teníamos menos, y a Palamós llegó uno de mi pueblo apodado “El Pale”, que buscaba trabajo, y que nos dijo que en nuestro pueblo el señorito del toro andaba como loco buscándonos y también la policía y la Guardia Civil, y que, sin embargo, el que nos dio los corderos, cuando supo lo que habíamos hecho, dijo que si aquello había servido para ayudarnos, que él estaba contento. Este hombre se llamaba Alberola, y mi padre le pagó más tarde como también le pagó al del toro.

Alguien nos dijo que fuéramos al pueblo de La Escala, donde quizá podríamos encontrar a algún pescador que nos llevara a Francia, que no quedaba lejos y menos por mar, pero ningún pescador quiso: tenían mucho miedo de la Guardia Civil porque el castigo era enorme. Allí empezamos a desesperarnos, y el propietario de un bar vino a vernos y nos propuso ponernos en contacto con gente de los Pirineos que nos podía pasar a Francia, y aceptamos de inmediato. Fuimos con él en autobús hasta un lugar cuyo nombre no recuerdo, que estaba en una carretera de montaña.

Allí contactamos con el guía, que caminaba por delante de nosotros como si no nos conociera, era cuesta arriba y cuesta abajo, se hizo de noche y pasamos por sitios peligrosos hasta llegar a una masía. El guía conocía a los moradores, nos trajo un pan y un queso que pagamos, y dormimos en un montón de paja porque hacía frío.

Al día siguiente, antes de que amaneciera, el anfitrión nos instó a marcharnos porque la Guardia Civil pasaba a menudo. De allí seguimos al guía hasta Olot para ver a alguien que quizá nos ayudaría a pasar la frontera. El camino lo hicimos por el monte sin tomar la carretera para no encontrarnos con la Guardia Civil. Llegamos a Olot de noche y fuimos a otra masía. El guía habló con los moradores mientras nosotros esperábamos ocultos tras el matorral. El guía regresó y preguntó cuánto dinero teníamos. Sólo nos quedaban cuatro mil pesetas, y el que venía con nosotros de La Escala dijo que por ese dinero no nos harían pasar la frontera, y le pidió al guía que nos pasara, porque el guía de joven estuvo viviendo por esa zona y le estuvo explicando por dónde tenía que pasar, y el otro aceptó, no tenía otra solución si quería las cerca de cuatro mil pesetas, y de nuevo nos dieron de cenar a cambio de pagarles, e hicimos noche en un pajar y al día siguiente temprano nos pusimos en marcha por el monte, caminando por barrancos, ayudándonos unos a otros para subir. Íbamos con unas alpargatas que se estaban rompiendo de tanto andar por el monte. Era aún de noche.

Caminamos con la luz de la luna hasta que se hizo de día. El hombre solo miraba de un lado para otro, ya que no estaba seguro de ir por el buen camino, unas veces íbamos hacia delante y otras teníamos que retroceder porque el guía se perdía.

Caminamos durante horas, y en un momento dado vimos brillar algo bajo el sol y el hombre nos dijo: echaos al suelo. Era la Guardia Civil y los tricornios que brillaban al sol, y cuando los perdimos de vista, el guía dijo que por allí pasaba un riachuelo con muy poca agua que ya estaba en Francia, y mi padre le dijo: vamos allí que hay un hombre trabajando. Nos encontrábamos a unos cien metros y el hombre no quería ir, y mi padre, que no estaba seguro de que aquello fuese Francia, dijo que esperásemos, y fue a preguntar al hombre. El guía no quería ir porque no sabía si era de día, pero mi padre fue, preguntó y le dijeron que estaban muy lejos de la frontera francesa, y el hombre dijo que al otro lado del riachuelo era Francia, pero que pasásemos deprisa porque la Guardia Civil venía muy a menudo, y mi padre regresó corriendo sin aliento y le dijo a mi madre: dale el dinero y vamos deprisa. Mi madre le dio todo el dinero que tenía pero el del pueblo no dio nada, se aprovechó de la situación y nunca sacó un céntimo, y corrimos hacia el riachuelo, que pasamos sin mojarnos los pies, y empezamos otra vez monte arriba, jamás en mi vida había visto tanto monte, y sin pararnos, porque nos dijeron que había chivatos en la parte francesa y a veces

la Guardia Civil pasaba la frontera para detener a gente que, como nosotros, pasaba a Francia. Y mientras subíamos vimos una caseta donde había postes de electricidad, y yo corrí a ver si había algo escrito en francés, y cuando vi que no entendía nada de lo que había escrito en el poste, regresé corriendo y dije que era Francia, y no sabíamos si ir hacia la derecha o hacia la izquierda de la carretera, y tomamos al azar a la derecha, y al cabo de un buen rato llegamos a un pueblo, creo que era Saint-Llorens. Mi padre preguntó en catalán por la Gendarmería y nos presentamos allí diciendo que habíamos pasado la frontera clandestinamente. Nos trataron muy bien, no seríamos los primeros en pasar, nos pidieron los nombres y apellidos y nos llevaron a una comisaría o a un cuartel de policía y allí también nos trataron muy bien, y como era ya bastante tarde por la noche, nos dieron de cenar y nos dijeron que como era muy tarde sólo tenían sobras de arroz con leche, algo que yo nunca había comido, y después de cenar los policías nos dijeron que estaban obligados a meternos en una celda y nos encerraron, aunque era solo una formalidad, y así pasamos la noche en unas camas que no eran muy confortables, pero dormimos tranquilos, ya estábamos en Francia, como queríamos.